

Sección uno: Ensayos

Teoría crítica y marxismo en las ciencias sociales y humanas: alcances, limitaciones y reconfiguraciones.

El marxismo en los estudios urbanos¹

Marxism in urban studies

Ibán Díaz Parra
Universidad de Sevilla
ibandiaz@us.es

Beltrán Roca Martínez
Universidad de Cádiz
beltran.roca@uca.es

Resumen

Este artículo ofrece una revisión acerca de la contribución de la teoría marxista a los estudios urbanos. Se centra en cuatro temáticas centrales en dicho campo de investigación: primero, las dinámicas de acumulación de capital y su circulación en el entorno construido; segundo, el desarrollo geográfico desigual en relación con el estudio de los procesos de urbanización en regiones periféricas del planeta; tercero, los procesos de segregación espacial y problemáticas derivadas, como la formación de guetos, desplazamiento o gentrificación; y cuarto, el conflicto social urbano. La influencia actual del marxismo en dichos campos es desigual. El campo donde más protagonismo tienen las perspectivas marxistas dentro de los estudios urbanos, es el del rol del espacio en la circulación y reproducción del capital. En los otros campos no ha llegado a tener hegemonía o ha venido siendo desplazado por planteamientos posestructuralistas o liberales. Tras un periodo de consolidación académica de los estudios urbanos marxistas en la década de 1970, estas posiciones han ido perdiendo popularidad, incluso dentro del nicho académico de los estudios críticos. No obstante, el marxismo sigue siendo un animador de los actuales debates dentro de los estudios urbanos y a juicio de los autores, imprescindible a la hora de abordar los procesos urbanos actuales desde una perspectiva materialista.

¹ Recibido: 27/01/2023 Evaluado: 01/02/2023 Aceptado: 15/02/2023

Palabras clave: Estudios Urbanos Críticos, Desarrollo Desigual, Financiarización, Circuitos de Acumulación, Segregación Urbana, Movimientos Sociales Urbanos.

Abstract

This article offers a review of the contribution of Marxist theory to urban studies. It focuses on four central themes in this field of research: first, the dynamics of capital accumulation and the organization of the built environment; second, the uneven geographical development in relation to the study of urbanization processes in peripheral regions of the planet; third, the processes of spatial segregation and related problems, such as ghettoization, displacement or gentrification; and fourth, urban social conflict. The current influence of Marxism in these fields is unequal. Marxist perspectives are most prominent in studies focussing on the role of space in the circulation and reproduction of capital. In the other fields, it has not achieved hegemony or has been displaced by poststructuralist or liberal approaches. After a period of academic consolidation of Marxist urban studies in the 1970s, these positions have been losing popularity, even within the academic niche of critical studies. Nevertheless, Marxism remains a driving force in current debates within urban studies and, in the authors' view, indispensable in addressing current urban processes from a materialist perspective.

Translated with www.DeepL.com/Translator (free version)

Keyword: Critical urban Studies, Uneven Development, Financialisation, Circuits of Accumulation, Urban Segregation, Urban Social Movements.

Introducción

El marxismo no sólo es una teoría fundamental para entender las relaciones de producción y explotación entre clases en el capitalismo histórico, sino que también ha resultado ser una perspectiva clave para entender el espacio social, su producción y su rol en la reproducción. La problemática de la producción social del espacio o la denominada cuestión urbana, siguen siendo campos clave en la actualidad de los estudios urbanos que tienen su origen en la perspectiva marxista. De hecho, si hubiera que seleccionar a una teoría como la más influyente en el desarrollo de los estudios urbanos, ésta sería probablemente el marxismo. Aunque el estudio de la ciudad ha recibido influencias de una diversidad de teorías, y ha habido momentos en los que el marxismo ha estado denostado en la academia y los estudios urbanos, su aportación ha sido, sin lugar a duda, indispensable.

La relación del marxismo con los estudios urbanos parte de su propio origen. La ciudad y su problemática aportan parte de la base fenomenológica sobre la que Marx va a construir su teoría. Los trabajos pioneros de Engels *La condición de la clase obrera en Inglaterra* (1845) y *La cuestión de la vivienda* (1872-1877), en los que se ponía en relación el problema de la vivienda para la clase obrera y los procesos de industrialización y urbanización, sientan las bases para el interés posterior del pensamiento marxista sobre la temática. Este interés se vería reflejado en los trabajos más descriptivos de Marx, que acompañan sus elaboraciones teóricas

más abstractas, incluido *El capital*, Marx y Engels encontraban en la ciudad la casuística ideal para ilustrar las consecuencias nefastas del desarrollo capitalista para las clases trabajadoras de su época.

El marxismo posterior al propio Marx prestó mucha menos importancia a las cuestiones relativas a la ciudad. Durante la primera mitad del siglo XX, predomina un marxismo economicista o, en su vertiente occidental, proclive a la hermenéutica, dado a producir textos con alto grado de abstracción. Sin embargo, desde fines de la década de 1960, los estudios urbanos pasan a adquirir un gran protagonismo dentro del gran crecimiento que experimenta el pensamiento marxista en las universidades de la época. El inicio de esta tendencia puede ser rastreada en Francia, donde el marxismo se combina con la fenomenología, dando lugar a la obra pionera en este sentido que sería *El derecho a la ciudad* de Lefebvre. Un hito al que siguen otras obras del filósofo centradas en la ciudad, así como la conformación de una escuela francesa de sociología urbana marxista, con Manuel Castells como uno de sus miembros más populares. En este periodo, la sociología urbana francesa estaba notablemente influida por el marxismo estructural de Louis Althusser, aunque, a partir de los episodios de mayo de 1968, se iría produciendo un alejamiento y reformulación del mismo. El éxito posterior de la obra de Henri Lefebvre, en las antípodas del Althusser, ilustra este giro. De manera paralela, la geografía crítica anglosajona fue situando lo urbano como objeto de estudio preferente, con autores como Neil Smith, Doreen Massey o, especialmente, David Harvey. Dentro de la geografía, otro importante núcleo de teorización marxista se encontraría en Brasil, especialmente con la influencia de la obra de Milton Santos o Antonio Carlos Moraes.

A partir de la década de 1980, las ciencias sociales experimentan una reacción antimarxista que acompaña a la hegemonía del proyecto neoliberal en el campo político e ideológico. El auge de corrientes posestructuralistas, marcadas en ocasiones por un subjetivismo radical, se caracteriza por un fuerte rechazo al reduccionismo economicista que se achaca al marxismo, a veces ignorando la fuerte influencia del marxismo en el giro cultural e incluso en algunos aspectos del pensamiento posestructuralista. A medida que este tipo de corrientes se han ido imponiendo dentro de las ciencias sociales críticas, muchos marxistas han tenido que integrar las nuevas problemáticas dentro de su perspectiva materialista, en algunos casos con más coherencia que en otros. El caso de los geógrafos marxistas es quizás paradigmático, en la medida en que la crisis del marxismo en la academia coincide con el aumento de interés sobre la problemática estrictamente espacial. La centralidad del entorno construido para los procesos de acumulación de capital que vertebran la configuración de la economía capitalista hace que, para el estudio de la ciudad, la perspectiva marxista haya mantenido su influencia pese a pasar por periodos en los que el entorno científico ha sido poco favorable a aproximaciones materialistas.

Para ilustrar el influjo del marxismo en los estudios urbanos, este artículo se centra en cuatro temáticas centrales en dicho campo de investigación en las que esta corriente de pensamiento sigue siendo predominante o al menos mantiene su influencia. En el primer grupo se encontraría la interrelación entre las dinámicas de acumulación de capital y la organización del entorno construido, como temática típicamente marxista. Algo parecido podría decirse del desarrollo geográfico desigual respecto del estudio de los procesos de urbanización en regiones periféricas del planeta, un campo donde no obstante ha venido a ser fuertemente discutido en las dos últimas décadas por las corrientes posestructuralistas, especialmente a raíz del surgimiento de unos estudios urbanos decoloniales. Los procesos de segregación espacial y

problemáticas derivadas, como la formación de guetos, desplazamiento o gentrificación constituyen un campo en el que no ha existido necesariamente un predominio del marxismo, pero donde sigue siendo relevante aportando su particular perspectiva. De manera similar, el conflicto social urbano se ha tratado desde distintos enfoques, y actualmente la perspectiva marxista dista mucho de ser predominante, a pesar de lo cual siguen siendo unas lentes que ofrecen una visión de la problemática particular que debería resultar indispensable para los estudios críticos.

El entorno construido en los procesos de acumulación de capital

Una problemática fundamental del marxismo en las ciencias sociales del siglo XX fue el estudio de la circulación del capital, dentro del proceso histórico de desarrollo capitalista y el análisis de sus tendencias a la crisis. Esta problemática se espacializa ya en la segunda mitad del siglo XX, por un lado, con la cuestión de la circulación el capital a través del medio construido, enclavada más claramente dentro de los estudios urbanos, y por otro, con las reflexiones sobre el desarrollo geográfico desigual, que afecta a la cuestión urbana de manera más tangencial y que trataremos en el siguiente epígrafe. Podríamos atribuirle la espacialización de esta problemática a Henri Lefebvre, en el conjunto de su obra sobre la ciudad, pero especialmente a partir de *La Revolución urbana*. Sin embargo, su gran sistematizador es David Harvey, que teoriza las propuestas, a veces vagas, del filósofo francés, desde un planteamiento más firmemente situado en la tradición de la economía política. Estos debates continúan con cierta vitalidad en la actualidad, especialmente a partir de la problemática de la financiarización de la economía y sus efectos espaciales.

Para empezar, las obras sobre la ciudad y el proceso de urbanización de Lefebvre concretan y espacializan algunas problemáticas típicamente marxistas. No obstante, implican un salto desde un marxismo abstraído del espacio concreto, especialmente el marxismo estructuralista que predominaba en la Francia de posguerra, y una expansión más allá de los típicos problemas de la producción. *El derecho a la ciudad* (Lefebvre, 1969) supone explícitamente un traslado de la problemática de la producción a la producción de las relaciones sociales de producción, que Lefebvre entiende en gran medida como la problemática del espacio y su organización. El urbanismo sería en este marco una estrategia de clase dirigida a la organización de la producción y el consumo organizando. *La revolución urbana* (Lefebvre, 1972) y *Espacio y política* (Lefebvre, 1976) desarrollan estas cuestiones y presentan algunas de las hipótesis más conocidas del autor francés, como la de una futura urbanización total de la sociedad. La clave aquí es que en estos textos expone una sucesión de tesis sobre la manera en que la urbanización se relaciona con la circulación del capital que serían retomadas posteriormente por David Harvey. Aquí aparece la idea de un circuito secundario de circulación del capital, dedicado a la construcción y a la especulación con las rentas de suelo. Los capitales sobrantes de la economía típicamente industrial, que no obtienen una tasa de ganancia suficiente, se desplazan hacia una economía de la construcción y la especulación, a veces también del turismo, que tiende a crecer en importancia hasta desplazar en centralidad a la vieja economía industrial. Este circuito, en los diferentes textos de Lefebvre, aparece como un tipo de evolución de la economía capitalista, como una solución a las crisis estructurales de sobreproducción del capitalismo, preocupación central de la economía política marxista, o como forma de sometimiento y subordinación de las periferias a los grandes centros rectores del capitalismo global.

Siguiendo en gran medida las proposiciones de Lefebvre, Harvey se propone analizar los procesos de urbanización y de formación del entorno construido dentro de una teoría general sobre las leyes de movimiento de capital que retoma la idea de los circuitos paralelos de capital y lo que vendría a denominar solución espacial. Esta labor la comienza con uno de sus libros menos trabajados en castellano, *The limits to capital* (Harvey, 1982), y lo continúa en obras posteriores, teniendo su formulación más conocida en *El Nuevo Imperialismo* (2004), donde desarrolla una exposición bastante sintética de lo que pasa a denominar solución espacio-temporal. Aquí, el geógrafo británico se propone construir desde la economía política marxista con una sistematicidad propia del Marx maduro de *El Capital*. Sobre los trabajos de este, para comprender la problemática del capital en el mundo contemporáneo, sería preciso introducir en la circulación del capital en el entorno construido, así como el desarrollo e internacionalización del sistema financiero.

El esquema marxista clásico se centra en el ámbito de la producción. En él, la plusvalía se produce a través del capital que los capitalistas invierten en medios de producción y fuerza de trabajo. A través del proceso de trabajo se producen nuevas mercancías que son vendidas a los consumidores a un precio que cubre el capital invertido más una plusvalía procedente de la explotación de la fuerza de trabajo. La plusvalía permite la acumulación ampliada de capital. Esta ya es una economía espacializada. Los diferentes elementos del proceso de producción ocupan lugares concretos, que requieren de una red de infraestructuras, que reciben el nombre de capital fijo. Del mismo modo, la fuerza de trabajo requiere espacios concretos para reproducirse social y biológicamente, en espacios concretos que forman parte de lo que Marx denominaría fondo de consumo. Estos espacios son producidos a su vez, configuraciones espaciales en las que el capital debe ser invertido, en el primer caso con fines productivos y en el segundo con fines reproductivos. En esta espacialización del capital Lefebvre y Harvey encuentran una clave para explicar la capacidad del sistema capitalista para superar sus tendencias a la crisis.

La crisis tendría su origen en la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, fruto de la tendencia crónica del capitalismo a la sobreacumulación. La crisis se produciría cuando los capitales no encuentran un lugar donde invertirse obteniendo un beneficio considerado socialmente suficiente. En este momento se produciría la crisis, dando lugar a un proceso de devaluación del capital que puede adoptar la forma de devaluación de la moneda y del capital fijo y mano de obra sin uso (desempleada). Para evitar la devaluación habría que encontrar alternativas rentables de inversión para los excedentes generados por la reproducción ampliada del capital.

La sobreacumulación de excedentes de capital en el circuito principal encontraría una salida en circuitos secundarios, que implican ajustes internos y externos. El ajuste interno tendría que ver con la inversión en proyectos a largo plazo, en capital fijo y espacio construido, que dilataría el tiempo de retorno de la inversión y permitiría ocupar capitales que estarían de otra manera ociosos. La inversión en infraestructuras compra tiempo, desviando los capitales sobrantes del circuito de producción de manufacturas. Esto justifica la denominación de Harvey de un ajuste o solución (*fix*) temporal a la crisis, que sería un factor clave en el vuelco de las antiguas economías industriales sobre la urbanización, el desarrollo de grandes complejos inmobiliarios, proyectos faraónicos, económicas turísticas, etcétera.

Por otro lado, lo que Harvey denomina ajustes externos tendrían que ver con la expansión geográfica del capital: exportación de capital, stock de mercancías y fuerza de trabajo

excedente a otras regiones, al menos por un periodo de tiempo, generando en el camino nuevos mercados. Los procesos de expansión colonial europeos en el XIX responderían a esta necesidad de abrir mercados y recolocar capitales ociosos, y todavía en la actualidad sería un elemento clave en las relaciones de dominación entre estados y regiones. Los estados más ricos exportarían su capital sobrante a otras regiones, forzándolas a asumir el coste de la devaluación derivada de la crisis de acumulación. Este ajuste tomaría también el nombre de ajuste espacial. Aunque en El nuevo imperialismo, Harvey comienza a hablar de ajustes o soluciones espacio-temporales que resultan de una combinación de ambos tipos de estrategias, en la medida en que la apertura de nuevos mercados va necesariamente acompañada de la inversión en infraestructuras.

El desarrollo e internacionalización del sector financiero sería clave para estos ajustes espacio-temporales, funcionando como mediador imprescindible, absorbiendo excedente de la economía productiva de regiones afectadas por la sobreacumulación de capital y redistribuyéndolas hacia otras regiones o hacia circuitos paralelos de circulación (Harvey añade un circuito terciario de inversión en innovación, formación y funciones sociales, en el que el Estado tendría un rol principal). Este proceso tendría como consecuencia la creación de lo que denomina (siguiendo a Marx) capital ficticio, como resultado de la capacidad de las entidades de crédito para generar nuevo capital-dinero fuera de la actividad productiva. Aquí Harvey está enlazando con la teoría marxista del imperialismo, desarrollada en el contexto de la competencia interimperialista que desembocaría en las dos Guerras Mundiales. Dentro de esta es Rosa de Luxemburgo quien primero teoriza la función del colonialismo como vía de escape para los excedentes de la producción de las metrópolis, mientras que Hilferding apunta tempranamente al rol de las instituciones financieras como mediadoras de estos flujos de capital (ver Harvey, 1982).

La cuestión de la financiarización de la economía y sus efectos espaciales sigue siendo un tema muy frecuentado en las ciencias sociales. Durante la última década, Manuel Aalbers o Raquel Rolnik han seguido desarrollando la cuestión de la financiarización de la vivienda y su relación con el desarrollo urbano y con los ciclos de auge y crisis de la economía, lo que enlaza claramente con los trabajos de Harvey. La cuestión de la vivienda permite vincular el tema al problema y la política de vivienda y la teoría de la renta de suelo (Aalbers y Christopher, 2014; Rolink, 2015). La financiarización sería así un patrón de acumulación en el cual el beneficio se genera cada vez más a través de canales financieros antes que a través del comercio o la producción. Esto sería también consecuencia de la caída de la tasa de beneficio y del estancamiento de la economía productiva. En este marco, el proceso de acumulación se centra en beneficiar actores que funcionan en los mercados financieros antes que en la economía real. La tesis central sería que los mercados hipotecarios han pasado de facilitar la adquisición de vivienda a facilitar la inversión, dándose el caso que los mercados hipotecarios son simultáneamente mercados locales de consumo y mercados globales de inversión (Aalbers, 2008). Siguiendo a Harvey (y por extensión a Lefebvre), Aalbers habla de un circuito cuaternario de acumulación, característico de un régimen de acumulación centrado en lo financiero, en el cual la especulación con los capitales de inversión va comiendo el terreno del sector productivo, y deja de ser un sector facilitador de la economía productiva para ser el principal motor de la economía. En este régimen de acumulación, la vivienda jugaría un rol central, no solo en cuanto a producción de vivienda, sino por la forma en que se consumen a través de las hipotecas y el endeudamiento familiar.

Dependencia y desarrollo geográficamente desigual del capitalismo

Otra problemática típicamente marxista es la del desarrollo geográfico desigual, que introduce la cuestión de la diversidad geográfica en la problemática del desarrollo capitalista. La idea del desarrollo capitalista como un desarrollo geográfico desigual deriva también de las discusiones sobre imperialismo. La discusión inicial de los intelectuales socialistas en el contexto de la primera guerra mundial, es continuada desde planteamientos neomarxistas, especialmente en el continente americano, con la teoría del capital monopolista y, especialmente, la Escuela de la Dependencia. La integración aquí de los estudios urbanos es algo más puntual, evidentemente, y comienza quizás con la polémica sobre la urbanización dependiente. Los trabajos de Neil Smith desde la geografía también engarzan con esta discusión, continuando en parte los trabajos de David Harvey mencionados en el epígrafe anterior. En las últimas dos décadas, las críticas del urbanismo poscolonial se han vuelto preponderantes en esta discusión, por lo general con pocas simpatías, cuando no abiertamente hostiles al marxismo. En cualquier caso, las posiciones marxistas han animado estos debates que han afectado a problemáticas tradicionales de la geografía.

En una obra reciente dedicada precisamente a esta cuestión, Harvey apuntaba al desarrollo geográficamente desigual como un problema clásico de la geografía, que aparece habitualmente como problema de la diversidad del espacio geográfico. Teorías clásicas de la geografía y la geopolítica habrían intentado dar explicación a esta diferencia regional. En el campo del marxismo esta problemática se ha tratado a menudo como diversidad del desarrollo de las sociedades. En esta línea está la idea del modo asiático de producción de Marx y, más adelante, de nuevo, las teorías del imperialismo. Aunque existen otros precedentes, generalmente se suele remitir el origen de esta teoría en el marxismo a los trabajos de Lenin, Luxemburgo y Hilferding. Las diferencias en el nivel de desarrollo del capitalismo y los roles en el mercado internacional responderían aquí al imperialismo, provocado por la competencia entre grandes potencias industrializadas por absorber nuevos mercados y acaparar fuentes de materias primas.

La estabilidad generada por la emergencia de EE.UU. como potencia económica del bloque capitalista daría lugar al predominio de la teoría del desarrollo de Rostow, entendido como un proceso lineal, irreversible e inevitable. La teoría del imperialismo, preocupada por la desigualdad en el mundo, continuaría discutiendo este tipo de planteamientos en el periodo de posguerra, especialmente a partir de la teoría del capitalismo monopolista de Baran y Sweezy (1968). Tanto Sweezy como Baran comienzan planteándose la teoría del desarrollo y crecimiento económico y las causas del subdesarrollo. Su tesis principal se centra en la tendencia del capitalismo a la conformación de monopolios y oligopolios privados con poder como para doblegar las regulaciones estatales de los distintos países. La acción de estos agentes sería el motor fundamental del imperialismo moderno, que tendría como principal ejemplo a EE.UU. También, aunque no es su tema central, el libro recoge algunas observaciones interesantes sobre el rol del desarrollo urbano en EE.UU. a la hora de dinamizar la economía capitalista.

De manera paralela se desarrolla la Teoría de la Dependencia, que tiene su germen en las posiciones económicas heterodoxas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), pero que cuenta con una rama marxista muy relevante en la década de los años setenta, destacando los brasileños Theotonio Dos Santos y Ruy Mauro Marini o el egipcio

Samir Amin. Esta perspectiva se centra en cuestionar los postulados liberales sobre crecimiento económico y desarrollo de Rostow y los planteamientos ricardianos sobre el comercio internacional. Samir Amin recupera la noción de desarrollo desigual (Amin, 1973) para criticar la teoría clásica del comercio internacional. Los dependientistas señalan cómo el comercio internacional, a medio y largo plazo, beneficia en mayor medida a los países más ricos (industrializados), acrecentando las desigualdades (Amin, 1973). El sistema capitalista es una totalidad, no un conjunto de sistemas nacionales yuxtapuestos que pueden seguir más o menos la misma senda del desarrollo económico. La idea fundamental de la dependencia es que desarrollo y subdesarrollo no son fenómenos independientes, sino que están relacionados y forman parte de un único sistema. El subdesarrollo no sería consecuencia de una economía arcaica, sino que sería generado por el mismo proceso histórico que genera también el desarrollo económico propio del capitalismo. No obstante, la dependencia no tendría una dimensión únicamente económica, sino que también sería ideológica y política, negando el carácter nacional de las burguesías latinoamericanas, identificadas con los intereses del capital imperialista.

Esta problemática, tratada habitualmente desde la historia y la economía es abordada también por los geógrafos marxistas desde fines de la década de los años setenta, muy notoriamente la geografía crítica anglosajona y la brasileña. Una de las obras claves de Neil Smith (1984) está dedicada a la cuestión del desarrollo geográfico desigual. El impulso universalizador del capitalismo no derivaría en una igualación de las distintas geografías, sino que genera tendencias opuestas, hacia la ecualización de los niveles y condiciones de producción y hacia la diferenciación geográfica. El planteamiento de Smith gira en torno a cómo los flujos del capital, buscando mantener o incrementar sus tasas de ganancia, generan desarrollo en un polo y subdesarrollo en otro, dando como resultado una producción de inabarcable diversidad geográfica. Por su lado, Moraes y da Costa (2013) apuntan cómo, sobre la irreductible diversidad natural de la superficie de la tierra, el proceso de desarrollo implica una acumulación progresiva y desigual de trabajo, generando una segunda naturaleza que es igualmente diversa. El desarrollo capitalista implicaría adhesión permanente de nuevo valor al espacio. El valor producido en el espacio índice en el valor añadido al espacio, las viejas localizaciones condicionan a las nuevas. Las sucesivas reapropiaciones encuentran un espacio previamente impregnado de trabajo agregado por las apropiaciones anteriores. El excedente de trabajo de las sucesivas generaciones, sociedades, e incluso de modos de producción, se incorporan acumulativamente al suelo generando configuraciones y condiciones diversas para el desarrollo del capitalismo (Moraes & da Costa, 2013). Esto permite entender el desarrollo capitalista como una fábrica de diversidad geográfica.

Las críticas poscoloniales y decoloniales, y en general la filosofía posestructuralista, entran en colisión con algunos de los principales postulados de la teoría marxista. En especial, las ideas de universalización y totalidad se vuelven inaceptables generalizaciones a partir de la experiencia reducida del occidente europeo. Una parte importante del urbanismo poscolonial (Robinson, 2016) parte de este planteamiento. No obstante, la discusión está abierta y animada. Muchos autores siguen defendiendo la noción de totalidad como fundamental para una teorización crítica del estado y del capitalismo (Goodenguardena, 2018). La propia noción de desarrollo ha sufrido un enorme descrédito y cuestionamiento teórico, siendo las más conocidas las críticas de Escobar (1995), que achaca a esta noción un carácter eurocéntrico y evolucionista, tanto en su versión liberal como en la marxista. Esto viene apoyado por el supuesto fracaso de las políticas de desarrollo a distintos niveles y de las propias teorías

estructuralistas sobre el desarrollo (entre las que se podrían situar los planteamientos de la CEPAL). Las perspectivas poscoloniales y decoloniales en ciencias sociales parten de la oposición a un desarrollo identificado con la modernidad occidental, homogeneizador de las culturas y los territorios, que encaja con una reivindicación del particularismo y la diversidad. No obstante, a pesar de la crítica, el desarrollo sigue siendo una práctica organizada por los estados y el progreso una aspiración de los pueblos.

Teoría de la renta, segregación espacial y gentrificación

Las perspectivas marxistas se han interesado por la segregación socioespacial y fenómenos derivados desde sus propios orígenes. Sin embargo, los estudios de sociología urbana centrados en el problema de la segregación y la formación de guetos se desarrollan en el siglo XX principalmente desde perspectivas liberales hasta el surgimiento de un urbanismo crítico desde fines la década de 1960. Es en este contexto cuando Harvey (1973) señala cómo los urbanistas sacaban gran parte de su inspiración de la Escuela de Chicago y de las regularidades que sus autores observaron en la estructura espacial de la ciudad respecto de la distribución de los grupos sociales. Esta estructura apunta a lo que Park denominaba un determinado “orden moral”. Esta idea, enlaza con un marco de entendimiento funcionalista de la sociedad. El mosaico social sirve al funcionamiento de la ciudad y su evolución garantiza la mejora de las condiciones de todos los grupos sociales. Harvey señalaba cómo la misma segregación que describe Park como casi armónica, fruto de un orden moral, era descrita por Engels como una situación conflictiva, e invitaba a los urbanistas críticos a tomar al alemán como referente en lugar de los sociólogos de Chicago.

La teoría de la renta de suelo, parte de la discusión de Marx con la economía política clásica, sería la principal herramienta con la que los urbanistas marxistas se aproximarían a la problemática socioespacial. El mayor pico de interés por este marco se daría en la década de los años setenta, con la sociología urbana de autores como Christian Topalov (1984), aunque también ocupó muchas páginas en los materiales de Harvey (1982) de la década de los setenta y primeros ochenta. Aquí, frente a la teoría de la renta de raíz liberal y ricardiana, se intentaba explicar todo un rango de fenómenos desde la teoría de la renta típicamente marxista, con grandes esfuerzos y complicadas discusiones en torno a los distintos tipos (absoluta, relativa y monopólica). Hay compilaciones muy valiosas en castellano, como la que realizó Schteingart (1992), que dan cuenta de la complejidad del debate. La renta de suelo es el pago exigido por la propiedad para hacer uso de un terreno. Si este ingreso no se realiza, la propiedad puede simplemente retirar el suelo del mercado. Para la mayor parte de los autores que han explorado la teoría marxista de la renta de suelo (Jaramillo, 2008; Topalov, 1984), la segregación socioespacial en las ciudades tiene su origen en la renta de monopolio, es decir, el monopolio sobre localizaciones exclusivas, que permite fijar el precio del suelo y sus mejoras simplemente en el máximo que esté dispuesto a pagar el comprador. Esto implica que aquellos demandantes de espacio con la mayor capacidad de pago pueden quedarse siempre con la localización que deseen. Jaramillo (2008) habla de una renta de monopolio de segregación que se generaría en la medida en que la élite social paga un sobreprecio por la exclusividad del enclave que habita. Este sobreprecio, lo que hace es, precisamente, excluir al resto de los hogares.

Desde la segunda mitad de los ochenta, la teoría de la renta fue cayendo en desuso, aunque hay varios continuadores que han mantenido el interés y que deberían ser base para cualquier aproximación contemporánea al problema. El libro de Samuel Jaramillo (2008) sobre la

cuestión es uno de los más completos y actualizados, y supone un importante esfuerzo por ofrecer claves para las políticas urbanas sobre suelo y vivienda desde la teoría de la renta marxista. La continuación de los trabajos de Harvey también resulta de gran interés, en especial en cuanto a la idea de renta monopólica de clase y su relación con la industria cultural. Otros autores han prestado atención a la regulación de las rentas urbanas, combinando la teoría de la renta con alguna versión de la teoría regulacionista, como es el caso de las aportaciones de Jager (2003) y de Ernesto López-Morales (Lopez-Morales, Meza & Gasic, 2014).

Uno de los principales problemas contemporáneos de los estudios urbanos en los que se ha seguido usando la teoría de la renta es en relación con los fenómenos de gentrificación. El mayor desarrollo en este sentido es la teoría del *rent gap* de Neil Smith (1996), que ha alimentado algunas aportaciones posteriores sobre la gentrificación tan interesantes como las ya mencionadas de López-Morales o las de Eric Clark. El mecanismo que provoca la gentrificación dentro de esta teoría sería el *rent gap*, que no es sino la diferencia entre la renta capitalizada y la renta potencial, que habría generado a lo largo del siglo XX una especie de movimiento histórico de «columpio» del capital entre el centro y las periferias de las grandes ciudades occidentales. El capital tendería a desplazarse a zonas con altas tasas de beneficios, movido por el imperativo de la búsqueda de mayor rentabilidad, pero tanto este movimiento como el incremento de capitalistas compitiendo eliminan las condiciones que originaron su desplazamiento. En el otro polo, la desinversión previa genera las condiciones para la reinversión futura (Smith, 1984). El columpio del capital se habría desplazado desde los centros urbanos a los frentes de expansión, primero, y de los frentes de expansión suburbanos a los centros urbanos, con posterioridad, en la medida en que este *rent gap* se ensanchaba y con él la promesa de mayores beneficios futuros.

La teoría del *rent gap*, tras la muerte de Smith, ha seguido gozando de cierta salud. Por ejemplo, el trabajo de López-Morales (2015) apunta a la manera en que los incrementos potenciales de la renta, generados por los cambios en la regulación urbanística, conducen, en el caso de Santiago de Chile, a un proceso de concentración de la propiedad en grandes agentes urbanizadores. Por su lado, los trabajos de Wachsmuth y Weisler (2018) e Yrigoy (2019) han detectado un *rent gap* en el origen del cambio de alquileres convencionales por alquileres temporales (turísticos), a raíz del desarrollo de las plataformas digitales tipo Airbnb.

Movimientos sociales y conflictos urbanos

El estudio de los movimientos sociales urbanos también ha estado influido por la perspectiva marxista. Las revoluciones de 1848, que Marx y Engels consideraron como el primer levantamiento en el que la clase obrera desempeña un papel en Europa, y especialmente la Comuna de París, que sirve de referencia para las diferentes facciones del movimiento comunista del siglo XX, son principalmente levantamientos urbanos. Dentro de la perspectiva marxista, la revuelta y el levantamiento urbano desempeñan un papel fundamental en el relato histórico de la constitución de una subjetividad obrera. La organización de los trabajadores, la creación de sus instituciones y sus protestas se realizan en espacio concretos que han sido objeto de estudio de las ciencias sociales. Lo que ha caracterizado a las perspectivas que han abordado esta cuestión desde la perspectiva marxista ha sido el foco en la clase social. Ahí entran las grandes obras sobre la historia del movimiento obrero, con un mayor o menos componente espacial y los análisis del conflicto de clase. Desde las vertientes más estructuralistas, el análisis del conflicto de clase habría prestado menos atención a los espacios

concretos, en trabajos con alto grado de abstracción, como los de Nicos Poulantzas. Dentro de esta línea, se producen no obstante algunos abordajes clave del conflicto urbano, como sería *La cuestión urbana* de Castells (1977) y sus primeros trabajos sobre movimientos urbanos. En el marxismo humanista británico, sin embargo, muestra una mayor atención por el espacio concreto donde se desarrolla el conflicto de clase, como en el caso de las obras históricas de Thompson o la idea de particularismo militante de Williams, que identifica el origen de la clase en las solidaridades generadas en lo local, bajo condiciones históricas y geográficas concretas (Harvey, 1996).

No obstante, en el apogeo de los estudios sobre el conflicto social desde los años ochenta, la idea de conflicto de clases ha ido siendo sustituida por la más vaga de movimientos sociales, a medida que las perspectivas marxistas y de clase pasaban de moda en la academia. El término "movimientos sociales" sería acuñado por Touraine, un autor que pasa de otorgar un lugar central a la perspectiva de clases a considerar la sociedad de clases como una imagen histórica y contingente, creada en la Europa del siglo XIX y desaparecida en la segunda mitad del siglo XX (Touraine, 1981). Manuel Castells, fue su discípulo, y realiza una transición similar entre *La cuestión urbana* a *La ciudad y las masas* (1983), donde concluye descartando el origen de clase de los conflictos urbanos, y abandonando posteriormente las perspectivas marxistas que habían caracterizado su primera etapa. En la geografía de la década de 1980, autores como Soja o Massey también pasaron progresivamente de perspectivas marxistas a otras postestructuralistas, de influencias focaultianas o posfundacionalistas, donde priman la contingencia y la diversidad de los sujetos movilizados en el conflicto.

Compaginar las perspectivas de clase con las aproximaciones basadas en una diversidad contingente de subjetividades no es tan fácil. Gran parte de los trabajos que se arrojan un carácter interseccional suelen reducir la idea de clase a algún tipo de estratificación laboral. Harvey establece una distinción entre movimientos de oposición y movimientos de clase. Los movimientos de oposición podrían caracterizarse básicamente por reivindicar derechos y justicia sin cuestionar las estructuras políticas y económicas de la sociedad capitalista, en contraste con los conflictos de clase que surgen de las contradicciones constitutivas de estas estructuras. La diferenciación de Harvey no se basa en una determinada subjetividad o descripción sociológica de un grupo humano, sino en el tipo de conflicto y su relación con los procesos más macro del desarrollo capitalista urbano. De esta forma se evita caer en el error de confundir la relación de clase con la estratificación laboral de los actores sociales, que es el error en el que más habitualmente se cae. Mayer (2016) señala que hacer esta división es muy complicado. Las fronteras entre estos tipos de luchas son, en efecto, porosas. Sin embargo, es posible al menos identificar la existencia o no de un componente de clase en una determinada lucha urbana.

Uno de los conflictos urbanos más comúnmente abordados desde una perspectiva de clase es el de los inquilinos. Este tema ha frecuentado los trabajos sobre historia social urbana del siglo XX. La propiedad como medio de extracción de rentas y la ausencia de ella determinan el papel social de inquilinos y propietarios como clases antagónicas (Gray, 2018). El perfil de los inquilinos no coincide necesariamente con una clasificación típica de clases sociales en proceso de producción. Sin embargo, las luchas por la apropiación del alquiler y el conflicto de arrendadores e inquilinos pueden entenderse fácilmente bajo lógicas de relaciones de clase y explotación, al mismo tiempo que la forma salario conecta las luchas en este ámbito con aquellas en la esfera productiva, en la medida en que el alquiler supone una parte determinante

del coste de reproducción de la mano de obra. Las formas asumidas por los caseros han cambiado enormemente a lo largo del tiempo, por ejemplo, con el auge de las plataformas de alquiler y la multiplicación de los intermediarios (Yrigoy et al., 2022; Barrero & Díaz-Parra, 2023). Sin embargo, la lógica de la explotación sigue siendo la misma, e incluso podría extenderse en la actualidad a las relaciones entre las instituciones de créditos y hogares endeudados para pagar su vivienda.

Otro campo donde la perspectiva de clase produce intersecciones con los actuales estudios urbanos es en la cuestión del sindicalismo comunitario. Esta cuestión tiene mucho que ver con la idea de particularismo militante de Williams y Harvey, pero también con la de cultura del trabajo, más propia de la antropología. La idea de sindicalismo comunitario implica un cambio sustancial en las prácticas espaciales del movimiento obrero: principalmente, no limitarse al lugar de trabajo, sino ampliar los ámbitos geográficos en los que los trabajadores desarrollan su vida familiar y colectiva (Wills & Simms, 2004; McBride & Greenwood, 2009; Roca, 2020). Atender demandas que van más allá de lo estrictamente laboral ha sido parte del esfuerzo por revitalizar el sindicalismo en las últimas décadas (Milkman, 2013). En este sentido, parte de la literatura especializada ha destacado la tendencia a la convergencia entre sindicatos y movimientos sociales (Kelly, 1999), mientras que otras investigaciones han identificado tensiones y rivalidades muy significativas (Roca & Díaz-Parra, 2017). Greenberg y Lewis (2017) destacan que los activistas y sindicalistas están adoptando un pensamiento geográfico cada vez más sofisticado. La huelga, sostienen, sigue siendo la táctica central en la disputa entre el trabajo y el capital, pero los movimientos sociales urbanos buscan paralizar la actividad económica mediante tácticas que interrumpen el tráfico en autopistas, avenidas, puentes o plazas. Ocupaciones de edificios y espacios públicos, acampadas, asambleas masivas, barricadas o teatros callejeros forman parte de los repertorios de protesta que pueden utilizarse con este fin. Así, las calles, los barrios, las infraestructuras y los bienes comunes urbanos han desplazado (al menos en parte) a los lugares de trabajo como epicentro del conflicto de clases. Subyace a esta corriente la idea lefebvriana de la producción del espacio como estrategia de clase. A través de la organización y la acción colectiva los trabajadores demuestran su propio conocimiento de la organización socioespacial del capitalismo, que se materializa en prácticas concretas dirigidas a trastocar las fijaciones espaciales o a influir en determinadas escalas de poder político y económico en las que pueden encontrar respuestas a sus demandas (Herod, 2001).

A modo de conclusión: Paradigmas y modas intelectuales

Sería útil distinguir entre el marxismo como filosofía de la praxis y el marxismo académico. El primer marxismo es uno que integra la reflexión teórico-filosófica en un curso de acción política con objetivos revolucionarios. Las aportaciones que hemos referido de Luxemburgo o Lenin se producen bajo estos parámetros. Los desarrollos posteriores se dan en contextos muy distintos. El marxismo se hace fuerte en la academia precisamente en la década de los años setenta, a partir de la cual la práctica política marxista entra en una acelerada decadencia en occidente. En este contexto, la propuesta de David Harvey (1973) de superar la ciencia liberal solo podía fracasar. Por el contrario, la contrarrevolución epistemológica de la que advertía se desarrolló de manera muy efectiva en las décadas posteriores. A pesar de esto, aquel auge de las perspectivas marxistas en la década de 1970 fue determinante en la creación del nicho del urbanismo crítico, que sigue teniendo una notable vitalidad en la actualidad, aunque sus posiciones epistemológicas se hayan alejado en muchos casos de los parámetros materialistas.

El marxismo sigue existiendo dentro de ese nicho, por mucho que se haya transformado y reducido en gran parte a una perspectiva académica, alejada de la filosofía de la praxis política. Eso implica que la actual crítica marxista puede contribuir a un mejor conocimiento de la sociedad y sus contradicciones, pero se encuentra muy alejada de guiarla hacia un cambio revolucionario, como hubiera sido la ambición de los marxistas hace tan solo medio siglo atrás.

La aportación actual del marxismo académico a la comprensión del fenómeno urbano es, como se ha visto, decisiva. El rescate del concepto de capital ficticio, la idea de circulación del capital en el entorno construido, o la teoría del desarrollo geográfico desigual, son una parte indispensable de nuestra comprensión actual del fenómeno urbano en términos críticos. Asimismo, la crítica materialista resulta un contrapunto fundamental a otras teorías en los estudios sobre segregación o sobre políticas del conflicto, denunciando la banalización de la noción de clase o señalando las tentaciones idealistas de algunas corrientes. En estos campos la perspectiva marxista ha dialogado (y se ha enfrentado) con otras tradiciones, como la perspectiva decolonial o la filosofía posestructuralista, en algunos casos dando lugar a nuevas explicaciones e interpretaciones que han reconocido en mayor o menor grado las aportaciones del marxismo. En buena medida, los debates teóricos entre marxismo y otras corrientes críticas en los cuatro campos que hemos tratado, podrían responder a lo que Bourdieu denominaba “falsas dicotomías”. La asunción muchas veces no explícita de la existencia de una dicotomía entre micro y macro, particular y universal, objetivismo y subjetivismo, o producción y reproducción, están en la base del rechazo del marxismo por muchos académicos. Un investigador puede estudiar el urbanismo dependiente desde una mirada decolonial, conflictos urbanos desde el paradigma de los nuevos movimientos sociales, o procesos de segregación urbana a través de detalladas y profundas etnografías de un barrio excluido, pero difícilmente podrá ofrecer una explicación de dichos procesos sin prestar atención al contexto (macro) los procesos de acumulación de capital y su influencia en el entorno construido. Como diría Lefebvre, el problema no son las estructuras, sino el estructuralismo. Para poder valorar en su justa medida la contribución del marxismo a los estudios urbanos actuales, habría que dejar de tomar a la ligera estas dicotomías y eludir convertir al marxismo en el hombre de paja donde se colocan gratuitamente los carteles de economicismo, mecanicismo, esencialismo, etcétera.

No obstante, el rol del marxismo en los estudios urbanos y en las ciencias sociales ha cambiado enormemente. Ha pasado de ser un paradigma muy vital en los estudios urbanos a ser una perspectiva más bien marginal dentro de los mismos. Actualmente vivimos en una convivencia de múltiples paradigmas en los estudios urbanos sin que ninguno sea dominante. Aunque haya una superación de ideas y teorías, el progreso científico en ciencias sociales en la actualidad no se reduce a una sucesión lineal e irreversible entre paradigmas, al estilo de Kuhn. Distintas perspectivas coinciden en el tiempo, se anquilosan o se aggiornan, se abandonan, pero pueden volver. En este marco, una crítica materialista parece necesaria para entender los procesos de generación de conocimiento y de la propia academia dedicada a los estudios urbanos. Si en el contexto posmoderno ninguna perspectiva puede arrogarse para sí la verdad, la absoluta certeza, quizás sería más útil contemplar estas corrientes como modas intelectuales, más que como pasos en la evolución hacia un conocimiento más certero de la sociedad.

El marxismo fue una moda intelectual de la academia de los años setenta, que enlazaba con una corriente de la filosofía y de la práctica política que iría perdiendo fuerza en las décadas posteriores. Actualmente, el marxismo no está de moda dentro de los estudios urbanos, por mucho que algunos urbanistas marxistas si lo estén. Las perspectivas de clase siguen

manteniendo cierta vitalidad en algunas regiones del globo, significativamente en América Latina, pero incluso en esta región la tendencia es a que pierdan terreno en favor de la crítica posestructuralista. Actualmente el marxismo ocupa un lugar marginal dentro de las ciencias sociales, pero incluso también se encuentra en retroceso dentro de la vertiente crítica de las mismas. La búsqueda de la novedad es urgente en un medio donde los académicos se ven obligados a publicar constantemente. La dictadura del índice de impacto actúa contra la coherencia intelectual que requieren desarrollos teóricos complejos. Por el contrario, se suceden los términos llamativos (*academic branding*) y las nociones vagas, las mezclas de autores y corrientes antagónicas entre sí en marcos teóricos poco rigurosos, pequeñas teorías y conceptos que ganan rápidamente visibilidad, para desaparecer con igual facilidad. Hay algo de la aceleración del espacio tiempo que Harvey achacaba a la historia del capitalismo, una búsqueda desesperada por generar nuevos productos culturales y acelerar la rotación del capital. En este marco todo envejece rápidamente, lo cual no niega que pueda resurgir cuando menos se lo espere.

Referencias

- Aalbers, M. (2008). The financialization of home and the mortgage market crisis. *Competition and Change*, 2(12), 148-166.
- Aalbers, M. y Christophers, B. (2014). Centering housing in political economy. *Housing theory and society*, 31(4), 373-394.
- Amin, S. (1973). *Desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. Barcelona: Fontanella.
- Baran, P. y Sweezy, P. (1968). *El capital monopolista*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Barrero, M. y Díaz-Parra, I. (2023). ¿Qué hay detrás del host? Agentes de la producción del alquiler turístico y su disputa por la apropiación de la renta en Andalucía. En I. Díaz-Parra y M. Barrero (Eds.), *Turismo, desarrollo urbano y crisis en las grandes ciudades andaluzas*. Granada: Comares.
- Castells, M. (1977). *The urban question*. Boston: The MIT Press.
- Castells, M. (1983). *The city and the grassroots*. Berkeley: University of California Press.
- Escobar, A. (1995). *Encountering development. The making and unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.
- Goonewardena, K. (2018). Planetary urbanization and totality. *Environment and Planning D: Society and Space*, 36(3), 456-473.
- Gray, N. (2018). *Rent and Its Discontents. A Century of Housing Struggle*. London: Rowman & Littlefield.

- Greenberg, M. y Lewis, P. (Eds.). (2017). *The city is the Factory. New solidarities and spatial strategies in an urban age*. New York: Cornell University Press.
- Harvey, D. (1973). *Social justice and the city*. Athens: University of Georgia Press.
- Harvey, D. (1982). *The limits to capital*. Oxford: Basil Blackwell.
- Harvey, D. (1996). *Justice, nature and the geography of difference*. Oxford: Blackwell.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.
- Herod, A. (2001). *Labor geographies: Workers and the landscapes of capitalism*. New York: Guilford Press.
- Jäger, J. (2003). Urban land rent theory: a regulationist perspective. *International Journal of Urban and Regional Research*, 27(2), 233-249.
- Jaramillo, S. (2008). *Hacia una teoría de la renta del suelo urbano*. Bogotá: Ediciones Uniandes-Universidad de los Andes.
- Kelly, J. (1999). *Rethinking industrial relations: Mobilization, collectivism and long waves*. London: Routledge.
- Lefebvre, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (1972). *La revolución urbana*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (1976). *Espacio y política*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing (original de 1974).
- López-Morales, E. (2015). Gentrification in the Global South. *City*, 19(4), 564–573.
- López-Morales, E., Klet, I. G. y Corvalán, D. M. (2014). Captura desigual de renta de suelo y desplazamiento exclusionario. Indicadores generales del proceso de gentrificación en Santiago de Chile, 2000-2012. *Cadernos Metrópole*, 16, 565-586.
- Mayer, M. (2016). Neoliberal Urbanism and Uprisings Across Europe. En M. Mayer et al. (Eds.), *Urban Uprisings. Challenging Neoliberal Urbanism in Europe* (pp. 57-92). New York: Palgrave.
- McBride, J., y Greenwood, I. (Eds.). (2009). *Community unionism: A comparative analysis of concepts and contexts*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Milkman, R. (2013). Back to the future? US labour in the new gilded age. *British Journal of Industrial Relations*, 51(4), 645–665.

- Moraes, A. y Da Costa, W. M. (2013). Geografía crítica. La valorización del espacio. Ciudad de México: Itaca (original de 1984).
- Robinson, J. (2016). Thinking cities through elsewhere: Comparative tactics for a more global urban studies. *Progress in Human Geography*, 40(1), 3–29.
- Roca, B. y Díaz-Parra, I. (2017). Blurring the borders between old and new social movements: the M15 movement and the radical unions in Spain. *Mediterranean Politics*, 22(2), 218–237.
- Roca, B. (2020). Socio-spatial strategies of worker centres: An ethnography of alt-labour in NYC. *Antipode*, 52(4), 1196–1215.
- Rolnik, R. (2018). *La guerra de los lugares: La colonización de la tierra y la vivienda en la era de las finanzas*. Santiago: LOM ediciones.
- Schteingart, M. (1992). *La renta de suelo urbano*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Smith, N. (1984). *Uneven development. Nature, capital and the production of space*. Oxford: Basil Blackwell.
- Smith, N. (1996). *The new urban frontier. Gentrification and the revanchist city*. London: Routledge.
- Topalov, C. (1984). *Ganancias y rentas urbanas. Elementos teóricos*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Touraine, A. (1981). New social movements. *Telos*, 49, 33–37.
- Wachsmuth, D. y Weisler, A. (2018). Airbnb and the rent gap: Gentrification through the sharing economy. *Environment and planning A: economy and space*, 50(6), 1147–1170.
- Wills, J. y Simms, M. (2004). Building reciprocal community unionism in the UK. *Capital & Class*, 28(1), 59–84.
- Yrigoy, I., Morell, M. y Müller, N. (2022). Why do middle-class positions matter? The alignment of short-term rental suppliers to the interests of capital. *Antipode*, 54(3), 959–978.
- Yrigoy, I. (2019). Rent gap reloaded: Airbnb and the shift from residential to touristic rental housing in the Palma Old Quarter in Mallorca, Spain. *Urban Studies*, 56(13), 2709–2726.